

## *Mater in celus...*



**H**ubo un primer día, que fue también el último...

Todavía me recuerdo en aquella mañana, ingresando por primera vez a la Facultad de Medicina.

Guardapolvo blanco y el miedo, escondido en un bolsillo. Mañana de marzo y de guardapolvos blancos. Guardapolvos que se fueron sumando, que se fueron juntando, que se fueron ilusionando, hasta que alguien nos dijo que *“vayamos todos para allá...”*

Caminando con miedo hacia la nada, dejándonos diluir en el espacio del sonido transparente, dejándonos llevar como mirando a un río caudaloso, de aguas blancas, danzando en una música suave que nos arrullaba con una alegría sin nombre. Hasta que vimos el cartel con las palabras que destilaban el misterio. Morgue de Anatomía Normal... Eso era todo. Y todo era un lugar tan extraño, que siempre parecía estar anocheciendo.

Adentro era un ambiente aun más extraño, iluminado a base de misterios. Luces de aire, luces de agua, luces de fuego... que iluminaban las sombras de los sueños y las dudas, que quedaron tronchadas para siempre. Paradojas de observar que cuando menos uno piensa, mejor se llega a ver el fondo de las cosas. Todo era blanco, como si fuese la nada, como si fuese una sinfonía en blanco sostenido... Cadáveres alineados. Ejército de envases en los que alguna vez, supo anidar la vida.

El silencio de palabras, nos hablaba a gritos. Voces con interminables ecos, hechos de noche y de memoria, de pedazos de amor y de mucho polvo de las cosas reales. Voces que gritaban que al amor, la muerte y el engaño, solo cabía la tarea de enfrentarlos.

Pero sentí el mareo de náuseas y el vértigo de empezar a morirme, cuando alcé la pesada tapa de un oscuro piletón. Varias cabezas, sin sus cuerpos, me estaban observando desde un más allá, demasiado real. Yo era demasiado joven. Sin remedios a la vista, incapaz de vencer el tedio de la vida, sino era con un humor corrosivo, y que me adentraba en lo más profundo, en el mismo corazón de las tinieblas. *¿Esto es el ser humano? - pregunté. ¿Solo esto...? Preguntas y preguntas, sin respuestas. Las cabezas, callaban. Hombres con destino de tarros de basura y mujeres, que solo aspiraban a retrasarle el reloj a sus pieles y bellezas, cada día más y más marchitas.*

Y dejé todo. Largué todo en ese único día. El guardapolvo blanco se me fue coloreando de amarillo viejo y gris ceniza, colgado en el ropero. Nunca más lo use. Trabajé de mil y una cosas diferentes, y poco a poco... me olvidé de mi sueño de ser médico. Aunque en las soledades, cada tanto, me quedó clavada la duda del porqué colgué a ese sueño. Y nunca, en lo más profundo de mi mismo, me quise contestar

Pero un buen día recibí una encomienda llena de sueños e ilusiones, remitida por un servicio de palomas mensajeras, atendido por conejos con alforjas, que piensan que algún día, ellos también se irán al cielo. Me proponían hacerme paramédico. Recuerdo que mi cara, se llenó en alegrías y esperanzas... y que mi cuerpo, levitaba en el orgullo de volver a revivir aquel sueño que se me había quedado dormido para siempre.

Y una noche estrené por fin el uniforme de color naranja de los paramédicos. Primera noche de guardia y de mi primer auxilio. Una enorme luna llena, iluminando a las grandes paredes de hielo, llenas de memoria de la historia, que se negaban a ser agua. Paredes de hielo o de acero, da lo mismo, hechas locomotora desbocada, que arrolló en un paso a nivel, a un colectivo trasnochado...

Cuerpos y pedazos... El todo y las partes por las partes. Espectáculo macabro. Duele verlo, duele sentirlo, duele de tanto dolor que da hasta el contarlo. Y lo peor de lo peor, es que no se sabe por donde comenzar... cuando la nada, es todo lo que se puede hacer. Tan difícil, tan difícil todo, que hasta empecé a maldecirme por mi empeño de querer llevarle algo de alivio al inacabable dolor de los humanos. Late en mí, un corazón que no le haría mal a nadie. En mi impotencia lloré y lloré, sin hacer nada... golpeándome la frente. Hasta me sorprendí, maldiciéndola a mi madre, porque ella siempre repetía que el alivio que brindamos, es el bálsamo de nuestras heridas más profundas.

Pero luego sentí culpa y vergüenza hacia mi madre. O tuve una sensación muy extraña, cuando devolvía el uniforme y el equipo de los paramédicos. Quizá la quiera perdonar, aunque me cueste mucho. Un poco me cuesta mucho, porque últimamente ya casi todo se me olvida, otro poco, porque ya no la considero demasiado importante en mi vida. Y otro poco más, porque me molestaba mucho, demasiado, sentirle tanta bronca...

Nunca me tomaba en serio. Me reprochaba en cada día de mi infancia, diciéndome que yo inventaba los celos... - *¿Y que quería ella?! ¿Qué la viese dándole caricias y más caricias a todos mis hermanos?! ¿O no alcanzaba con lo que yo me imaginaba?! -* Siempre había querido impresionarla, darle el gusto... Hacer siempre todo lo que a ella le gustaba. Y renunciaba a lo que yo quería ser.

Recuerdo muy bien aquella mañana. Fue hace muchos años. Yo solo tenía diecisiete años. Bullían en mi alma un torbellino de hormonas y de celos, y mi pobre y abnegada madre amanecía estrangulada en su propio lecho, mientras ella dormía. Yo... lo hice, lo confieso. Si, fui yo. Aunque nadie se dio cuenta. Ni siquiera ella misma...

Pero estoy arrepentido. Si, mucho... o bastante. Bueno, en realidad un poco... y me gustaría algún día, poder hacer todas las cosas, que a ella le hubiesen agradado.

*Fin*